

naparte general en jefe del ejército de Italia. Unos días después casó el agraciado con la viuda del general Beauharnais, aquella graciosa Josefina que tanto había brillado en la sociedad de la época thermidoriana con su amiga, madama Tallien.

En este momento solemne de su vida, en el umbral de su carrera, procede que nos preguntemos: ¿cuáles eran las ideas y aspiraciones de Bonaparte? Consultemos su biografía. Nació Bonaparte en Córcega el año de mil setecientos sesenta y nueve, el mismo en que los franceses sometieron la isla, y el nombre que despertó el primer entusiasmo en su alma fué el del general Paoli, el viejo héroe de las luchas que sostuvieran los corsos por su libertad contra Génova y Francia. Todo era italiano en el joven Napoleón, al punto que, cuando entró en la escuela militar de Brienne, en mil setecientos setenta y nueve, hubo de empezar por aprender la lengua francesa, y conservó mucho tiempo el acento de su idioma nativo. En medio de sus condiscípulos, como más tarde en medio de sus compañeros de regimiento, andaba solo y ensimismado, extranjero entre los extranjeros, absorto en toda clase de estudios, revelando madurez precoz de sentimientos, sin perspectiva del porvenir, disgustado á menudo de la vida y con frecuentes tendencias al suicidio. Lo que entonces amaba con el ideal de su vida era la emancipación de Córcega, romper el yugo de la dominación extranjera, que había quitado á su patria, con la independencia, la virtud. Nombrado en mil setecientos ochenta y cinco subteniente de artillería en el regimiento de La Fere, pedía todos los años una larga licencia para visitar su idolatrada isla, recorrer los campos de batalla del sesenta y nueve y estudiar las posiciones estratégicas de las montañas. En estas bellas ilusiones le sorprendió la Revolución. Contándose entre los oprimidos, así como su patria, ¿cómo no asociarse á un movimiento que prometía la libertad á todo el mundo, derribaba los antiguos poderes y abría á la aplicación y al talento horizontes indefinidos? Pero ante todo, pensó en su Córcega. Partió al punto para Ayaccio, y se consagró á despertar en sus conciudadanos el amor al derecho y á la independencia. El curso de los sucesos le facilitó la obra. El treinta de Noviembre, un amigo suyo, el diputado Salicetti, obtuvo de la Constituyente un decreto por el que se concedía á Córcega todos los derechos de que gozaba Francia, y el general Paoli, en Londres á la sazón, pasó inmediatamente á París y de aquí á Córcega, donde empleó todo su prestigio en acelerar el desarrollo de la paz y de la igualdad. El padre de Bonaparte había sido íntimo amigo suyo, y al encontrarse ahora con el hijo, apreció las dotes intelectuales del joven oficial, oscuro aún, pero profundamente apasionado, y le sostuvo con fervor en las elecciones á la plaza de jefe de batallón en la guardia nacional de Ayaccio. La lucha fué ruda, porque los adversarios de Bonaparte gozaban de gran influencia en la ciudad; pero éste, viendo que las negociaciones verbales no le daban resultado, recurrió sin vacilar á lo que tantas veces había de repetir en su carrera, á un golpe de Estado, mandando á sus partidarios que arrestasen á un comisario que le era hostil y haciendo

bajar de la tribuna á un orador; por los cuales medios obtuvo casi la unanimidad de los sufragios. Celosamente se consagró á los asuntos de Córcega, olvidado casi por completo de su regimiento, en el que su ausencia no pudo menos de ser notada, sin que pueda afirmarse que se le diera de baja. «En la situación difícil en que nos encontramos, escribía á un amigo el veintisiete de Febrero del noventa y dos, es cuestión de honor para todo buen corso el estar en su patria». En efecto, la situación de la isla no había mejorado un punto bajo el nuevo orden de cosas. La anarquía en la administración; la ambición, la codicia, los odios de familia, en todas partes; la guerra encarnizada de las ciudades contra los habitantes de la montaña, del Este contra el Oeste, de los jacobinos contra los aristócratas, mantenían una perturbación constante. En vano se esforzaba Paoli en hacer respetar la ley. El primero que le salía al encuentro era Bonaparte, el cual, considerando la anarquía como el medio más eficaz para encumbrarse, soliviantaba las masas con discursos y escritos, y al frente de la guardia nacional, suscitaba querellas contra los aristócratas, los monjes, los magistrados municipales y las tropas de línea. Con esta conducta se enagenó la benevolencia de Paoli, que le separó del cargo de teniente coronel. El mes de Mayo del noventa y dos partió á París, para buscar á su hermana Elisa, alumna en el pensionado de San Ciro. Allí le cogió la jornada del veinte de Junio, exclamando al ver al pueblo invadir las Tullerías: «Me gustaría ver ametrallar á toda esta canalla». El tres de Julio escribía á su hermano Luciano el fruto de sus observaciones: «Los poseedores del poder son aquí unos caballeros de triste figura. Fuerza es confesarlo cuando se ven las cosas de cerca: los pueblos no valen la pena de que se solicite tan ardientemente su favor. Tú conoces la historia de Ayaccio: la de París es exactamente la misma; tal vez estos hombres son aún más pequeños, más malos, más calumniadores. Hay que ver las cosas de cerca para comprender que el entusiasmo no es más que entusiasmo, y que los franceses son un pueblo envejecido, despreocupado y sin cohesión. Cada cual sólo piensa en sí y trabaja por llegar el primero; gracias al Terror y á la calumnia, se intriga más bajamente que nunca. La verdadera ambición no existe; se compadece á los desgraciados que tienen una función que desempeñar; vivir tranquilamente en el seno de su familia, con cinco mil francos de renta, he aquí la más alta sabiduría». A medida que Bonaparte se hastiaba de la política popular, vibraban más intensamente en su alma las cuerdas guerreras. Merced á la influencia de algunos girondinos, fué nombrado capitán de artillería en el ejército del Mosela; pero, por comprometerle su hermana Elisa á que le acompañase en el viaje de regreso á su tierra natal, no estuvo en Valmi ni en Jemmappes; ni probó el fuego enemigo hasta Febrero del noventa y tres, en la desgraciada expedición del almirante Truguet contra la isla de Cerdeña. Cuando volvió á Córcega, marchitas sus ilusiones, halló la situación preparada para una catástrofe. Para derribar á Paoli, cuyo predominio no podía soportar, empleó todas las armas, prefiriendo al franco ataque la embos-

cada, el lazo tendido desde sitio seguro, al uso corso. Esperaba con la mayor ansiedad noticias de París. Cuanto más se propagaba en Francia la disolución interior, cuanto más se ensanchaba el horizonte guerrero, tanto más vastas perspectivas se ofrecían á su ambición, si lograba, derribando á Paoli, ponerse á la cabeza de Córcega, desde cuyo alto puesto podría influir en la marcha ulterior de la Revolución. «Si tú pudieses leer en mi alma y ver lo que la enerva, escribía entonces á uno de sus oficiales, me creerías temerario ó insensato; no te lo digo, apenas tengo valor para confesármelo á mí mismo». El dos de Abril, la Convención llamó á Paoli á la barra. El noble anciano no se dignó contestar siquiera al llamamiento, y esto bastó para que las nueve décimas partes de la población, poseídas de entusiasmo patriótico, se reuniesen en torno del venerable jefe, desafiando los furores de Francia y de los jacobinos. Una Asamblea nacional negó obediencia á los comisarios de la Convención y pronunció el destierro de los calumniadores de Paoli, especialmente de las familias Arena y Bonaparte. Napoleón sostuvo la lucha á la cabeza de algunas tropas francesas; pero fracasó en todas sus tentativas, y unas semanas después, desterrado, despojado, perseguido, tuvo que abandonar la isla y buscar refugio en Marsella. Ocurría esto en el mes de Junio de mil setecientos noventa y tres.

Desde este día, ya no pensó Bonaparte sino en su personal engrandecimiento; desde este día, comenzó á vislumbrar el porvenir que le aguardaba, en rasgos un poco vagos aún, pero ya en inmensas proporciones. Los hechos de su vida en los años siguientes nos son bien conocidos. Poco tiempo después de su salida de Córcega, la casualidad le condujo al campamento de Tolón, donde vimos la parte de gloria que le cupo en la reconquista de aquella plaza. Ascendido en seguida á general de brigada, fué destinado al ejército de Italia. Allí, durante dos veranos, volvió á contemplar las azuladas olas de aquel mar que tanto amaba, á oír los armoniosos sonidos de su idioma nativo y á recorrer y estudiar palmo á palmo todos los senderos, cañadas y torrentes de los Apeninos septentrionales. Sintió entonces reverdecer en su alma, con nueva frescura y nuevo vigor, todo su interés por aquella tierra tan ricamente dotada, que se representó como punto de partida de brillantes triunfos y de gloria inmensa. En estos dos años fué cuando concibió y desarrolló en sus menores perfiles aquellos planes que esperaba á los diputados que lograba coger por su cuenta, el tiempo que estuvo en París fuera del servicio. Luego le vimos entrar en el ministerio de la Guerra: sofocar después, como segundo de Barrás, la rebelión del trece de Vendimiario, y obtener en seguida el mando del ejército del interior. ¿Cuáles eran sus convicciones é ideales al partir para Italia? Oigamos á uno de sus familiares, su ayudante Marmont. «Alejado por carácter de todos los excesos, había adoptado los colores de la Revolución sin amor, por cálculo y ambición. Su instinto superior le permitía adivinar las combinaciones que podrían abrirle el camino de la fortuna y del poder, y su espíritu naturalmente profundo había adquirido ya una gran madures. Conocía á fondo el

corazón humano, más de lo que á su edad correspondía; porque esta ciencia es, por decirlo así, patrimonio de los pueblos semibárbaros, donde las familias se hallan unas con otras en perpetuo estado de guerra. La necesidad de defenderse, experimentada desde la infancia, desarrolla en el hombre un talento especial. Un francés, un alemán ó un inglés son, en este respecto, muy inferiores á un corso, un griego ó un albanés. Además, hay que tomar en cuenta la imaginación, la viveza en el concebir y la delicadeza en el observar, que pertenecen como de derecho á los meridionales, que yo llamo hijos del sol. Desde que Bonaparte recibió el mando del ejército del interior, mostró un aplomo extraordinario y adoptó un aire de grandeza en armonía con el sentimiento siempre creciente de su importancia. Evidentemente, no había destinado la Providencia á obedecer al que tan bien sabía mandar. Cobró en seguida gran ascendiente sobre Carnot y los otros directores; porque una vez en contacto con él, no había modo de resistirle. Bonaparte sólo estimaba la fuerza y la grandeza, empleáranse para el bien ó para el mal. Todo lo que era idea ó principio, todo lo que en su primera juventud había aprendido superficialmente en los filósofos del siglo décimo-octavo y en los políticos de la Revolución, se había borrado completamente de su alma. Sin amor al pasado, sin fe en el porvenir, sólo le quedaba la ambición personal, que le llevaba á impedir la vuelta de la antigua monarquía, por temor de que le cerrase el horizonte que se le acababa de abrir. Soñaba para sí un poder y una grandeza sin límites, no importándole en dónde, ni de qué modo y en qué condiciones.

El veintiséis de Marzo llegó el nuevo general á su cuartel de Niza. Halló el ejército, aquel ejército aguerrido y duro, que llevaba tres años de luchar por la posesión de ásperos desfiladeros y estériles rocas, desprovisto de todo, sin dinero, sin víveres, sin abrigo y sin disciplina. A la semana, todo había variado. «La situación de las tropas es mala, escribió al gobierno; pero no desesperada». Se impuso, por el ascendiente de su genio, á los generales, y mediante tratos con grandes compañías de abastecedores, proveyó á las necesidades más urgentes. El Directorio le había autorizado á vivir á expensas de los países conquistados, autorización que Bonaparte interpretó á su manera en la proclama que el veintisiete de Marzo dirigió á las tropas. «Soldados, les dijo, estáis desnudos y mal alimentados. El gobierno os debe mucho; no puede daros nada. Vuestra paciencia, el valor que mostráis en medio de estas rocas os honran, pero no os proporcionan ventajas ni gloria. Yo voy á llevaros á las llanuras más fértiles del mundo; allí hallaréis ricas provincias, grandes ciudades; allí hallaréis honor, gloria, riquezas, Soldados de Italia, ¿os faltarán el valor y la constancia?» Imposible ser más conciso, más sugestivo y pintar mejor la situación. Pero este lenguaje era nuevo en los generales de la República. Bonaparte prometía á un ejército, que había sufrido largas miserias, «gloria y riquezas en grandes ciudades y ricas provincias», esto es, la conquista y los despojos de los países conquistados. ¡Qué diferencia de este lenguaje al de Hoche, Kleber ó Jourdan! No se trata ya de emancipar á

los pueblos, sino de explótarlos. Presiéntese que Bonaparte aspira á unir su ejército á su fortuna personal, no á la de la República ni á la de la patria.

El ejército francés acampaba, por escalones, á lo largo de la Cornicha, entre Niza y Génova, ocupando los pasos de las montañas de donde bajan hacia el Piamonte y la Lombardia los valles del Tanaro y del Bormida. La división más avanzada al Este era la de Laharpe, situada cerca de Voltri, á unas leguas de Génova; entre Savona y Finale estaba Massena, con el grueso de sus fuerzas en la costa y un puesto atrincherado en Monte Legino; cerca de Loano, la división Augereau, también con destacamentos en lo interior de la montaña; la de Serurier, entre Albenga, orillas del mar, y Ormea, al Norte; por último, á la retaguardia, en la frontera de Francia, la caballería, mandada por el general Stengel. Los dos pasos de los Alpes que conducen á Niza, el collado de Tenda y el collado de Finistra, estaban vigilados por brigadas de infantería. En cuanto á la cifra de este ejército, han circulado versiones muy exageradas; porque Bonaparte, no satisfecho con alcanzar grandes triunfos, trataba de aumentar la admiración del mundo con datos fabulosos acerca de su debilidad y de los recursos del enemigo. Pero, por seguros informes que se poseen y por lo que él mismo manifestó al Directorio en carta de seis de Abril, su ejército se componía, al romperse las hostilidades, de cerca de cincuenta mil hombres, cifra poco inferior á la de los austro sardos, los cuales, reforzados y reorganizados después de la derrota de Loano, defendían los desfiladeros de las montañas debajo de las posiciones ocupadas por los franceses. La ventaja en el número de combatientes que pudieran tener los austro-sardos, la desvirtuaba el desacuerdo entre sus dos generales, el austriaco Beaulieu y el piemontés Colli, atento el primero á defender la Lombardia, y el segundo el Piamonte. Bonaparte pensaba pasar las montañas por el camino de Savona, cuyo punto culminante está á unos mil quinientos pies sobre el nivel del mar, con el propósito de colocarse entre los austriacos de Acqui y los sardos de Ceva, y batirlos á cada uno por separado con todas sus fuerzas. Pero le tomaron la delantera los adversarios por una imprudencia del comisario Salicetti, que, al enterarse de la penuria en que se hallaba el ejército, pidió un empréstito de tres millones al Senado genovés, y como no fuese atendido, mandó á Laharpe que se adelantase hasta Voltri, á dos leguas de los arrabales de Génova. El general austriaco Beaulieu, creyendo que los franceses querían apoderarse de la pequeña República, bajó por la Bocheta al socorro de la ciudad con el tercio de sus tropas, después de haber ordenado á su general de división, Argenteau, pasar las montañas por Montenote y ganar la costa por cerca de Savona, á espaldas de Laharpe. Beaulieu se proponía cercar á esta división y coparla, sin reparar en que sólo podía suceder esto trocándose los franceses en espectadores indiferentes del peligro. Bonaparte supo aprovecharse de la coyuntura para destrozar una tras otra á las dos columnas austriacas, separadas por la montaña. El diez de Abril, las avanzadas de Laharpe se batieron hasta la noche con las tropas de

Beaulieu, y luego regresaron apresuradamente á Savona, reuniéndose con Massena y Augereau; el once, Argenteau llegó á Monte Legino, defendido por un destacamento francés de mil doscientos hombres, cuyo coronel Rampon, comprendiendo que de su resistencia dependía la salvación del ejército, hizo jurar á sus soldados morir antes que rendirse, y todos cumplieron la palabra, rechazando, uno contra diez, tres furiosos asaltos de Argenteau, que hubo de replegarse en Montenote; el doce por la mañana, Bonaparte, después de haber enviado unos regimientos de caballería á vigilar la costa por la parte de Voltri, y á Serurier á que refugiese á los sardos en su campamento de Ceva, salió de Savona con tres divisiones contra Argenteau, cuyas huestes derrotó y dispersó, causándole una pérdida de más de tres mil hombres; el trece, Massena y Augereau marcharon contra la división del general austriaco Provera, que se había separado del piemontés Colli para ir al socorro de Argenteau, y la destrozaron, al extremo de tener Provera que refugiarse con un puñado de hombres en el castillo de Cosería; en fin, el catorce, Provera, sitiado, hubo de capitular, y Laharpe y Massena batieron á Argenteau, que se había hecho fuerte en Dego con los restos del ejército vencido, y que cometió la torpeza de no presentar al enemigo más que fracciones de su ejército sucesivamente, una tras otra, todas las cuales fueron destruidas, sin que hubiese lugar á pensar en componer, con los pocos que se salvaron, otro cuerpo de ejército. La noticia de estas rápidas derrotas llenó de pánico á Beaulieu, que á toda prisa mandó evacuar los almacenes de Acqui y transportar todo el material á la Lombardia.

A los cinco días de abierta la campaña, Bonaparte había terminado de la manera más brillante la primera parte de su tarea. Acampado ahora el ejército francés entre los quebrantados cuerpos de Colli y de Beaulieu, Bonaparte podía elegir sobre cuál de los dos descargaría primero sus golpes. Mas el gobierno se interpuso, ordenándole penetrar sin tardanza en la Lombardia. «El rey de Cerdeña está tan disgustado del Austria, decía el Directorio, desea con tanta vehemencia indemnizarse de la pérdida de Saboya con la posesión de Milán, que, probablemente, si atacamos esta ciudad nos apoyará en vez de suscitarnos obstáculos». Pero Bonaparte no pensaba así, desconfiaba de Víctor Amadeo y creía necesario someterle antes de ponerse en marcha contra Milán. Guardando, pues, para mejor ocasión las órdenes del Directorio y encargando á Laharpe que vigilase á los austriacos, hizo marchar contra el campamento de los piemonteses, en Ceva, de un lado á Massena y Augereau, de otro á Serurier y las dos brigadas del collado de Tenda. Cuando las tropas francesas, desde lo alto de Montezemolo, vieron extenderse á sus pies las llanuras del Piamonte, coronadas á lo lejos por las cumbres de los grandes Alpes, un grito de entusiasmo salió de todos los labios. Imposible le era á Colli sostenerse, dada la inferioridad de sus tropas. Descubierta su retirada la mañana del veinte, los franceses le persiguieron con vigor, le batieron el veintiuno cerca de Mondoví y se derramaron en todas